

Informe sobre cinco años de la revolución rusa
**Cuarto Congreso Mundial de la *Internacional Comunista*, sesiones del 13 y 14 de
noviembre de 1922**
Clara Zetkin

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Report on Five Years of the Russian Revolution](#)”, en Clara Zetkin Archive – MIA, que reproduce, con permiso, desde [Toward the United Front: Proceedings of the Fourth Congress of the Communist International, 1922](#) (<https://www.haymarketbooks.org/books/472-toward-the-united-front>), páginas 305-337; también para las notas, salvo indicación)

Camaradas, hermanas y hermanos: hoy, como hace cinco años, la revolución rusa se presenta ante nosotros como el acontecimiento histórico-mundial más colosal de nuestros tiempos. Apenas este gigante se levantó y avanzó, entablando una lucha tenaz y apasionada por su existencia y desarrollo, se produjo una separación de caminos, una división intelectual, en la clase obrera de todos los países. Por un lado, la reforma, por el otro lado, la revolución. Ese grito surgió en todos los países en respuesta a la revolución rusa.

Esta situación, proclamada así, confiere a la revolución rusa una importancia bastante específica y de gran alcance. Desde aproximadamente mediados de los años noventa, se había desarrollado en la clase obrera una actitud intelectual y política que era la expresión ideológica del capitalismo imperialista y de sus repercusiones en las condiciones de la clase obrera. En términos teóricos, lo llamamos revisionismo; en el ámbito de la práctica lo llamamos oportunismo. ¿Cuál era su esencia? Era la opinión, o mejor dicho la ilusión, de que la revolución es superflua y evitable. Los revisionistas (los reformistas de hoy) afirmaban que el capitalismo genera formas organizativas que superan sus contradicciones económicas y sociales intrínsecas, o al menos las apaciguan hasta el punto de que las teorías de la pauperización, las crisis y el colapso han perdido su validez. Según la teoría revisionista, el capitalismo ya no crea las condiciones objetivas para una revolución inevitable e irresistible. Esta teoría excluye también el factor social de la revolución: la voluntad de la clase obrera para la revolución. Se nos dijo que la democracia y la reforma social “vacían gradualmente el capitalismo. La sociedad pasa del capitalismo al socialismo”.

Ciertamente, este punto de vista fue rechazado en el plano teórico en los congresos de la socialdemocracia alemana, el principal partido de la [Segunda Internacional](#). También fue condenado en los congresos internacionales de París y Ámsterdam de 1900 y 1904, aunque en el primero de ellos no con la claridad y la severidad necesarias. Sin embargo, se hizo cada vez más dominante en la actividad práctica de los partidos de la Segunda Internacional. Esto ya se puso de manifiesto en la posición de los congresos internacionales de Stuttgart, Copenhague y Basilea sobre la cuestión del imperialismo, el militarismo y la amenaza de guerra mundial¹.

La guerra mundial estalló. La burguesía de los países beligerantes proclamó su filosofía con ametralladoras, tanques, submarinos y aviones vomitando muerte y

¹ Los congresos de Stuttgart, Copenhague y Basilea se celebraron en 1907, 1910 y 1912 respectivamente. Para sus resoluciones sobre la guerra y el militarismo, véase en nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov: Resolución del Congreso de Stuttgart sobre el militarismo, Resolución sobre la guerra y remisión enmienda Keir-Hardie-Vaillant y enmienda \(Congreso Copenhague, 1910\) y Manifiesto del Congreso Socialista Internacional Extraordinario \(Basilea, 24-24 noviembre 1912\)](#). Alejandría Proletaria.

destrucción. Apenas comenzó la guerra mundial quedó claro (y se hizo cada vez más claro a medida que avanzaba) que no significaba otra cosa que la crisis de todas las crisis, y que terminaría con un espantoso colapso, el colapso del capitalismo mundial. Es una amarga ironía de la historia que, mientras la marcha de los acontecimientos confirmaba la teoría de la crisis y la ruptura, la mayoría de la clase obrera organizada de los países capitalistas altamente desarrollados se aferrase a la teoría que daba la espalda a la revolución y predicaba el reformismo. Eso condujo a la ignominiosa bancarrota de la Segunda Internacional cuando estalló la guerra.

El proletariado no respondió a las lecciones de la Guerra Mundial uniéndose internacionalmente para un ajuste de cuentas general con el capitalismo. Más bien vimos lo contrario: el proletariado se unió a la burguesía de sus llamadas patrias. Al terminar la guerra, el capitalismo demostró su incapacidad para superar el colapso. La burguesía manifestó su incapacidad y su falta de voluntad para reconstruir el mundo a partir del caos que había creado. Los oportunistas que dirigen a los trabajadores redoblaron su abrazo a la teoría revisionista. Encontraron una nueva forma de explicarlo: el socialismo y el comunismo no surgirían de la quiebra del capitalismo, sino de su reconstrucción, de su florecimiento renovado. La maldad de la guerra se superaría y la sociedad se reconstruiría, no a través de la lucha de clases revolucionaria, sino sólo mediante la colaboración, la armonía, la asociación y la coalición del proletariado con la burguesía. ¡No a una revolución que pudiera reconstruir la sociedad sobre una base comunista! En su lugar, unidad con la burguesía para restaurar el capitalismo. Esa era la consigna reformista. Camaradas, en esta atmósfera opresiva, la revolución rusa llegó como una tormenta limpiadora. El proletariado ruso fue el primero en sacar con coherencia lógica las conclusiones prácticas de la guerra imperialista y del colapso capitalista. Desgraciadamente, sigue siendo el único, aparte de la creación de las pequeñas repúblicas soviéticas que se han formado en lo que antes era territorio de la Gran Rusia.

La revolución rusa comenzó por acabar con el revisionismo y el reformismo, al igual que lo hace la propia revolución mundial. La revolución rusa expresó, de manera inequívoca y manifiesta, que las masas proletarias comprendían y estaban decididas a realizar la abolición del capitalismo de una vez por todas. Es el primer acto poderoso de la revolución mundial, el último juicio del capitalismo².

Camaradas, es cierto que los mencheviques, los social-revolucionarios y sus correligionarios de fuera de Rusia defienden la teoría de que la revolución rusa no es más que un pequeño acontecimiento nacional, que se supone que se mantiene en el marco de una revolución puramente burguesa³. El objetivo, dicen, es volver a la revolución de febrero. Ahora bien, es muy cierto que la revolución rusa expresó las condiciones históricas dadas que empujaron a la destrucción del zarismo en suelo ruso y a que el estado adoptara nuevas formas. Pero desde sus primeros días, también mostró que la revolución rusa no es un episodio nacional menor, sino que forma parte de la gran causa del proletariado mundial. Demostró que esta revolución no puede ser encerrada dentro de los estrechos márgenes de una revolución burguesa y puramente política, porque forma parte del poderoso proceso de la revolución mundial proletaria.

² Probablemente Zetkin tenía en mente la frase alemana “Die Weltgeschichte ist das Weltgericht” (la historia del mundo es el último juicio), de un poema escrito por el escritor nacionalista revolucionario August Heinrich Hoffmann von Fallersleben en 1840.

³ El lector puede ver al respecto, en este mismo sello: *La dictadura del proletariado y Terrorismo y comunismo. Contribución a la historia natural de la revolución*, de Karl Kautsky. Alejandría Proletaria.

En la revolución rusa vemos algo más que los factores objetivos y subjetivos que crecieron, viviendo y tejiendo,⁴ en suelo ruso. En la revolución rusa vemos el impacto de las tendencias y fuerzas económicas, sociales y revolucionarias del capitalismo internacional, de la sociedad burguesa de todo el mundo. Esto ya es evidente en el hecho de que la revolución fue desencadenada por una guerra mundial que no fue un accidente, sino el resultado inevitable de la combinación e interpenetración de las condiciones económicas y políticas mundiales bajo el dominio del capital financiero, del capitalismo imperialista. En la revolución rusa vemos la expresión de todas las condiciones económicas, políticas y sociales creadas por el capitalismo mundial tanto dentro como fuera de Rusia. En la revolución rusa también vemos cristalizada la comprensión histórica concentrada y la voluntad revolucionaria del proletariado de todos los países. El socialismo revolucionario internacional, junto con las fuerzas intelectuales y morales que suscitó y educó, se hizo vivo y efectivo en la revolución rusa.

La revolución rusa es, pues, una gran demostración a escala histórica mundial del vigor, la fuerza y el carácter irresistible del factor social en el desarrollo histórico, es decir, la comprensión, la voluntad, la acción y la lucha de las masas proletarias, que se proponen derribar el capitalismo y realizar el comunismo.

Se ha afirmado que la revolución proletaria comenzó en Rusia debido a la debilidad de la burguesía rusa. Esta debilidad es supuestamente la razón por la que la revolución mundial se ha levantado, con estruendo y rugidos, en el suelo de Rusia y en ningún otro lugar hasta el día de hoy. Eso es cierto, pero sólo hasta cierto punto. Camaradas, sostengo que un factor mucho más decisivo que la debilidad de la burguesía rusa fue la fuerza de la acción y el pensamiento revolucionarios de los proletarios rusos, educados ideológicamente y elevados por el Partido Bolchevique. Así se llenó de espíritu revolucionario y se unió como una fuerza organizada que se convirtió en el agente consciente de la historia. Como prueba de esta opinión ofrezco lo siguiente: al principio de la revolución es cierto que el proletariado ruso pudo coger desprevenida y pisotear a la relativamente débil burguesía rusa. Pero el triunfo continuado de la revolución, su permanencia durante cinco años, durante los cuales cada día fue un día de lucha contra la poderosa burguesía mundial, este triunfo demuestra que la revolución rusa poseía algo mucho más decisivo que la debilidad de la burguesía rusa: la fuerza, la pasión, la resistencia, en una palabra: la decidida voluntad de llevar a cabo esta revolución que inspiró a las masas proletarias bajo la dirección bolchevique.

Camaradas, hermanos y hermanas: desde el principio era evidente que la revolución en Rusia no podía ser una revolución puramente burguesa, ni en cuanto a su fuerza social más importante, el proletariado, ni en cuanto a su contenido. La reivindicación sonaba cada vez más fuerte: la revolución debe traer la paz, la tierra a los campesinos, el control obrero de la producción y, sobre todo, todo el poder a los sóviets, los consejos. Estas demandas eran incompatibles con una revolución burguesa. Es cierto que retrocedieron durante un tiempo. Durante los meses que siguieron a la revolución de febrero/marzo, no encontraron su plena expresión. Sin embargo, se plantearon con creciente énfasis, ganaron en influencia y se transformaron de consignas propagandísticas en objetivos de la lucha.

La burguesía intervino como fuerza organizada en esta revolución en los zemstvos [consejos locales] y dumas [asambleas representativas] de diferentes ciudades importantes y en muchas asociaciones y federaciones industriales que habían surgido durante la Guerra Mundial. El proletariado ruso, en cambio, no tenía ninguna organización de lucha revolucionaria. Éstas sólo se crearon durante la propia revolución

⁴ El texto en alemán, “leben und weben”, es un ejemplo de los pares de rimas que son un rasgo característico del estilo de Zetkin.

en forma de consejos. Es significativo que los consejos no asumieran inicialmente la lucha por los objetivos revolucionarios sobre una base revolucionaria y con decisión revolucionaria. En los consejos, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios tenían inicialmente la ventaja. Se aferraban a todo lo que en el proletariado ruso expresaba la esencia del reformismo y la abdicación voluntaria del proletariado ante el poder de la burguesía. Esta esencia consistía en un insuficiente valor para asumir responsabilidades y poca fe en su propio poder.

Es característico que la conferencia de ochenta y dos delegados de los consejos de obreros y soldados, que se reunió en Petrogrado en abril de 1917⁵, adoptara una resolución en la que se afirmaba que la lucha entre el capital y el trabajo debía tener en cuenta las condiciones creadas por el estado incompleto de la revolución y los resultados de la guerra. Las formas de lucha, decían, debían corresponderse con estas condiciones⁶. El desánimo del proletariado ruso, incluso de su élite organizada en sindicatos, se expresó en la decisión de una conferencia de dirigentes sindicales de toda Rusia, inaugurada el 20 de junio de ese año. Las reivindicaciones adoptadas por esta conferencia mostraban ya la creciente influencia del partido bolchevique, el partido de clase revolucionario del proletariado. Junto a otras reivindicaciones radicales, se planteó el llamamiento al control obrero de la producción. Pero se añadió una condición, especificando que el proletariado no podía asumir la responsabilidad exclusiva de la actividad de los organismos estatales que regulan la economía. Esta tarea era supuestamente tan difícil, tan complicada, que todas las fuerzas productivas, todas las capas de la población debían colaborar⁷.

Esta postura de los obreros organizados era totalmente coherente con la política de coalición proletaria con la burguesía promovida por los partidos pequeñoburgueses, reformistas, socialistas y socialistas-revolucionarios desde la revolución de febrero/marzo. En realidad, era una política burguesa disfrazada de democrática, una expresión del dominio de clase capitalista. Encontró su expresión más extrema cuando provocó no la paz, sino la ofensiva de junio, no la satisfacción del hambre de tierra de los campesinos, sino el fusilamiento de los campesinos rebeldes, no el control obrero de la producción para sanar la economía, sino la negación de cualquier reforma social y el saqueo y sabotaje de la economía, y sobre todo mediante el rechazo hostil a cualquier concesión a la demanda del proletariado y los campesinos de todo el poder para los consejos.

En la lucha contra la ofensiva revolucionaria del proletariado, la democracia [burguesa] pronto abandonó sus principios. Quedó cada vez más expuesta como el dominio de clase desnudo de la burguesía, agudizado en una dictadura de la burguesía. La coalición de pequeños burgueses e intelectuales socialistas no se atrevió a ir más allá del marco de una revolución política burguesa, por temor a la burguesía con la que estaba vinculada. El resultado fue que en septiembre el siguiente paso fue el establecimiento de un dictador. Y aunque ese dictador fuera Kerensky o un general, tras él acechaba la restauración del zarismo.

En ese momento, el proletariado, bajo la dirección del Partido Bolchevique, intervino con decisión. Expulsó al gobierno de la armonía, de la “democracia pura”, y transfirió todo el poder del estado a los consejos de obreros, campesinos y soldados. En

⁵ Ver en nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov 1917. El año de la revolución](#), en su anexo ‘cronología’, página 249-250, días 10-16 de abril. Alejandría Proletaria.

⁶ Zetkin se refiere probablemente a la conferencia de sóviets de toda Rusia, del 30 de marzo al 3 de abril de 1917. Para un relato de este acontecimiento, véase Sujánov, *The Russian Revolution: A Personal Record* (Princeton: Princeton University Press, 1984), pp. 254-65.

⁷ La Tercera Conferencia Sindical de toda Rusia se reunió en Petrogrado del 20 al 28 de junio de 1917. Para un relato, véase Shkliarevsky 1993, pp. 68-79. Para las actas, véase Koenker (ed.), *Tret'ya vserossiiskaya konferentsiya professionalnykh soyuzov*, (Millwood: Kraus International Publications).

este momento histórico decisivo, el proletariado demostró que se había desprendido de su falta de confianza en sus propias fuerzas y había conseguido el valor, que antes le faltaba, para asumir la responsabilidad de destruir un mundo viejo y construir uno nuevo. El proletariado ruso fue el primero, y hasta ahora el único, que dejó de ser objeto de la historia para convertirse en su sujeto, dejando de soportar la historia para hacerla por sí mismo.

La toma del poder por el proletariado, bajo la dirección bolchevique, pone de relieve una lección para nosotros. Ésta se refiere al derecho a llevar a cabo un levantamiento revolucionario armado, aunque sea de una minoría, y a la importancia de dicho levantamiento. Pero esta lección está fuertemente delimitada tanto en la izquierda como en la derecha. Demuestra que no hay justificación histórica para la mezquina diligencia estadística que reduce la revolución a un simple caso de suma y resta, ese sofisma que sólo “permite” la lucha revolucionaria, la lucha proletaria por la toma del poder del estado, si está sujeta a una condición. Y esa condición es, concretamente, que se haya ganado una mayoría tan abrumadora para esta lucha que la victoria esté garantizada de antemano, independientemente de las circunstancias. Esta concepción reduce la revolución a una agencia de seguros que exige el pago inmediato en efectivo. La revolución rusa lo desmintió.

Pero el decisivo levantamiento revolucionario del proletariado de Petrogrado y Moscú está igualmente delimitado de todo aventurerismo golpista romántico. No fue la acción de un partido pequeño y valiente, que operaba sin una conexión firme con las masas proletarias en el cielo azul de las consignas y reivindicaciones revolucionarias. No, la acción de los bolcheviques fue la acción heroica de un partido de una minoría organizada, que había establecido una conexión con las masas en un amplio frente y que estaba arraigada en las masas proletarias.

La conquista del poder por parte de los sóviets, dirigidos por los bolcheviques, se presenta históricamente como una brillante acción aislada que ocurrió como de un solo golpe. Pero esa no fue la situación real. La valiente acción fue precedida por meses de la más enérgica y tenaz labor de agitación, propaganda y organización de los bolcheviques entre las masas. Gracias a ello, la lucha se aseguró no sólo el apoyo de las más amplias masas, sino algo más. Las consignas de lucha de los bolcheviques eran comprendidas por las masas y podían convertirse en objetivos de lucha para las propias masas. Por lo tanto, el acto de insurrección no fue un acto de pequeña gimnasia revolucionaria de un partido audaz, sino un acto revolucionario de las más amplias masas revolucionarias. Pero el factor decisivo en esto fue una apuesta. A pesar de todos los preparativos, la respuesta a la cuestión “victoria o derrota” no estaba dada de antemano. La apuesta no podía ni debía evitarse. Retrasar la revolución, la insurrección, hasta que la victoria esté asegurada, significa posponerla hasta el día de nunca jamás. Y, en última instancia, eso significa rechazar no sólo la lucha revolucionaria, sino la propia revolución. Por muy inteligente y cuidadosamente preparada que sea la acción revolucionaria entre las masas, la victoria no está asegurada. Hay que apostar para ganar. Si los bolcheviques y el proletariado revolucionario ganaron en la revolución en su primer y valiente intento, fue sólo porque tuvieron el valor de apostar. Esta es una lección de la revolución rusa que deben tomar en serio los proletarios de todos los países: Sopesar la situación con cuidado, sin duda, pero en el proceso de sopesar, no olvidar apostar. La ponderación debe ser la base y la preparación para la apuesta.

Camaradas, hermanos y hermanas: Cuando los obreros rusos conquistaron el poder con la ayuda de los campesinos rusos y se dispusieron a construir su dictadura en la forma del sistema soviético, se validó otra visión histórica. Ya en 1884, nuestro viejo maestro Engels escribió una carta a Bebel el 11 de diciembre. Esta carta está en dura

contradicción con el canto y refrán de los reformistas de todos los países de que sólo la democracia es el camino que conduce a la liberación del proletariado. Esta idea es incompatible con la política de armonía espiritual burguesa-proletaria y de gobierno de coalición. Engels señaló que, en el momento de la crisis, después de la revolución proletaria, no habrá enemigo más furioso y amargado que la “democracia pura”. Voy a leer el pasaje correspondiente.

“En cuanto a la democracia pura y su papel en el futuro, no comparto su opinión. Evidentemente, en Alemania desempeña un papel mucho más subordinado que en los países con un desarrollo industrial más antiguo. Pero eso no impide que, cuando llegue el momento de la revolución, adquiera una importancia temporal como el partido burgués más radical (ya se ha presentado como tal en Frankfort) y como el último sostén de todo el régimen burgués e incluso feudal. En ese momento toda la masa reaccionaria marcha tras él y lo fortalece; todo lo que antes era reaccionario se comporta como democrático.”⁸

Camaradas, hermanos y hermanas: Es sorprendente que los reformistas de toda índole, que tan afanosamente reúnen citas de Engels y Marx para disputar el derecho a hacer la revolución rusa, la revolución proletaria, estos señores que lanzan elogios a la democracia en todos los idiomas, parecen haber olvidado la opinión de Engels a la que acabo de referirme. Sorprendente, o tal vez no. La revolución rusa hizo evidente cuánta razón tenía Engels. El primer día de la revolución y en el período inicial tras el establecimiento del poder soviético, la “democracia pura” ya se había revelado como el enemigo más acérrimo del dominio de la clase proletaria. Desde la revolución de febrero/marzo, los proletarios rusos habían visto esta “democracia pura” en funcionamiento como dominio de clase capitalista, como dictadura de la burguesía. La “democracia pura” emprendió la lucha contra la democracia soviética, contra la democracia obrera con la consigna “Por la Asamblea Constituyente y contra el poder de los sóviets”. La “democracia pura” contrapuso la exigencia de la Asamblea Constituyente a la democracia soviética, legitimada por la revolución y ella misma una creación de la revolución y su principal sostén. Esto tiene una extraña resonancia. La “democracia pura” tuvo casi ocho meses para celebrar elecciones a la Asamblea Constituyente y convocarla. No lo hizo. Rechazó la creación de la más pura expresión de la voluntad popular. ¿Por qué? La Asamblea Constituyente no podía convocarse sin agitar amenazadoramente el espectro de la revolución agraria y proletaria: revolución agraria en forma de demanda de tierra y paz por parte de los campesinos; revolución proletaria en forma de demanda de paz y control obrero de la producción. Y así, en cuanto a la “democracia pura”, primero se pospuso una y otra vez la elección de la Asamblea Constituyente y luego su convocatoria. Luego, repentinamente, la demanda de la Asamblea Constituyente se levantó como el objetivo y la bandera de batalla de la “democracia pura” como medio para derrocar el poder de los sóviets. La Asamblea Constituyente fue declarada intocable, el santo de los santos, cuyo poder creativo era el único que podía crear un estado legalmente válido.

La reivindicación de una Asamblea Constituyente fue planteada no sólo por los socialistas pequeñoburgueses, los socialistas reformistas, en alianza con los partidos burgueses de cada país. También encontró eco en nuestras propias filas revolucionarias. Recuerdo que nada menos que esa teórica del comunismo, [Rosa Luxemburg](#), planteó en un momento dado la reivindicación de la [Asamblea Constituyente más los sóviets](#) como columna vertebral del poder estatal proletario.⁹ Es típico de la importancia de esta

⁸ Engels, “Engels a August Bebel”, en [Marx y Engels, algunos materiales – Edicions Internacionals Sedov](#), página 2 formato pdf. Alejandría Proletaria.

⁹ Zetkin escribió una respuesta en forma de libro a las críticas planteadas por Luxemburg ([Um Rosa Luxemburgs Stellung zur russischen Revolution](#)).

demanda que no mucho tiempo después volvió a surgir. Durante el levantamiento de Kronstadt fue planteada por algunos de los socialistas-revolucionarios, aunque finalmente fue rechazada por otros. Fue planteada incluso por Miliukov, líder de los cadetes. Asamblea Constituyente más sóviets, nos dijeron. Pero, por supuesto, iban a ser sóviets sin comunistas, lo que equivale a decir, un cuerpo sin alma, contenido sin esencia, palabra sin obra.

Pero sigamos adelante. ¿Cuál fue la situación tras la conquista del poder por el proletariado? Entre sectores importantes de la clase obrera se le sigue echando en cara al gobierno revolucionario la disolución de la Asamblea Constituyente, convocada para el 5 de enero de 1918. ¿Cuál fue la justificación de este acto? Sopesemos los hechos objetivamente. Inmediatamente después de su convocatoria, la Asamblea Constituyente declaró que se reunía no para colaborar con los sóviets, sino como su enemigo, que negaba la legitimidad del poder soviético y, por tanto, el derecho de la propia revolución. Su mayoría socialista-revolucionaria, menchevique y burguesa rechazó la petición de reconocer el poder soviético y el gobierno provisional que ese poder había establecido. De hecho, se negó incluso a discutirlo. Los bolcheviques de la Asamblea Constituyente, y con ellos los socialistas-revolucionarios de izquierda, respondieron a esta impúdica declaración de guerra de la única manera posible. Abandonaron la Asamblea Constituyente y las autoridades soviéticas la declararon disuelta y la dispersaron.

Esta acción es respaldada por muchos críticos en el campo del proletariado europeo y norteamericano de la política bolchevique, que representa la política de la propia revolución rusa. Reconocen que, cuando dispersaron la Asamblea Constituyente, las autoridades soviéticas tenían justificación pues ésta había sido elegida bajo otras condiciones y ya no reflejaba las opiniones y deseos de las amplias masas productivas. Las elecciones soviéticas que tuvieron lugar desde entonces lo demostraron de forma clara e irrevocable. Sin embargo, añaden que el gobierno soviético debería haber convocado inmediatamente nuevas elecciones. Las consideraciones técnicas y externas hablaban poderosamente en contra de las nuevas elecciones, de la convocatoria de una nueva Asamblea Constituyente. Dado el colapso de los transportes y las muy endeble conexiones entre los centros de vida política y la periferia, hubiera sido difícil organizar rápidamente unas elecciones que reflejaran con verdadera exactitud la voluntad del pueblo. Pero esa no era la única consideración.

No, consideraciones históricas y políticas mucho más profundas hablaban en contra de este curso. Convocar la Asamblea Constituyente y poner en sus manos la decisión sobre la estructura y el poder del estado negaría en última instancia el poder soviético, el orden soviético, la revolución y sus derechos. ¿Cuál sería y podría ser la función de una Asamblea Constituyente al lado de los sóviets? ¿Funcionaría la Asamblea Constituyente como un órgano consultivo, y la decisión recaería en los sóviets? Sin duda, esa solución no habría servido al objetivo de la “democracia pura”. Porque la “democracia pura” no quería aconsejar y asesorar; quería gobernar y gobernarse. El gobierno soviético no podía aceptar ser reducido a un órgano consultivo. El proletariado ruso se equivocaría si compartiera el poder político con la burguesía o incluso se lo devolviera, dado que la revolución había puesto este poder en sus fuertes manos. Si los sóviets y la Asamblea Constituyente hubieran coexistido, uno al lado del otro, se habría creado una situación de doble poder, que necesariamente habría llevado rápidamente a una lucha por el poder. Se hubieran cuestionado y amenazado los logros de la revolución. La Asamblea Constituyente al lado de los sóviets no habría sido más que un foco legal de la contrarrevolución legal e ilegal, enfurecida y enardecida. Por tanto, ¡nada de Asamblea Constituyente, todo el poder para los sóviets! Esa es la consigna de la revolución rusa para mantener el poder político realmente en manos del proletariado.

Junto con el rechazo de la Asamblea Constituyente, hay otra medida de la política revolucionaria rusa que ha provocado la indignación de sus severos críticos: el derecho soviético al sufragio. Como se sabe, este derecho a voto está restringido en el sentido de que se niega a todos los explotadores, que no pueden ni votar ni ser elegidos. Por lo demás, es universal para todos los obreros mayores de dieciocho años. Esta limitación era necesaria para la expropiación política de la burguesía. El sistema soviético pone todo el poder político en manos de las amplias masas productivas. En la fábrica y el molino, en el pueblo, eligen a sus representantes en los sóviets. Prohibir a la burguesía votar y ser elegida excluye la posibilidad de devolver una parte del poder político a sus manos.

Se ha dicho que hacer permanente esta disposición es una medida mezquina que desanima a las fuerzas creativas y las disuade de contribuir con gusto a la construcción del nuevo orden. Es cierto que el número de burgueses a los que se les ha negado el derecho al voto no es grande. Pero, por el contrario, el poder social y económico que todavía estaba en manos de la burguesía al principio de la revolución era muy grande. Al tratar de establecer su poder, el proletariado realmente no tenía motivos para ceder ni un ápice de poder y derechos políticos a la casta de sus anteriores explotadores y señores.

Hay algo más que eso. La negación del derecho al voto pretendía ser un signo de desprecio y denuncia social. Los que no trabajan, sea con el cerebro o con las manos, los que son explotadores y parásitos sociales, tampoco tendrán derecho a influir en la configuración de las condiciones políticas y sociales, ya sea directa o indirectamente. Y hay otra consideración más para negar el derecho de voto soviético a las clases explotadoras. Se trata del significado fundamental del sufragio como expresión política y jurídica del carácter de un orden social. La naturaleza del sufragio revela la base económica de la sociedad, el poder y la ley, tal como afecta a las diferentes clases. El sufragio establecido por la revolución que creó el orden burgués significó originalmente sólo la extensión de los derechos políticos y el poder de los poseedores de la antigua propiedad fija feudal a los poseedores de la propiedad capitalista móvil. Por eso estaba vinculado a la propiedad, a la renta, al pago de impuestos y a factores de este tipo. La introducción del sufragio universal expresa el hecho de que, junto a la clase poseedora, ha comenzado a abrirse paso una nueva clase de personas sin propiedad. En el sufragio universal, además de la propiedad, se valora el trabajo y los logros sociales del individuo como base del poder y los derechos políticos. Pero el gobierno soviético está construyendo la sociedad no sobre la base de una división del poder entre burgueses y proletarios, entre trabajo y propiedad, sino sólo sobre el trabajo. De acuerdo con el carácter del estado soviético como estado obrero y con el carácter del nuevo orden social, el derecho de voto sólo puede pertenecer a los trabajadores y no a los explotadores.

Camaradas, no es suficiente que la república soviética, como gobierno, como dictadura del proletariado, se exprese en párrafos y en un papel. Tenía que tomar forma en la vida. Eso sólo podía ocurrir en una lucha feroz con la burguesía y la contrarrevolución. Desde casi el primer día de su existencia, tuvo que defenderse no sólo de la burguesía rusa sino de la del mundo, que sintió un impulso inmediato de solidaridad. La república soviética tenía que combatir la contrarrevolución en su país y en todos los frentes. Había que proteger al joven poder proletario contra los enemigos de fuera y de dentro.

Las primeras palabras del gobierno soviético fueron de paz. Digo paz no en el sentido de pacifismo, como pronto explicaré. La Rusia soviética salió de la Guerra Mundial y se desmovilizó. ¿Pero cuál fue la respuesta a esto? Los ejércitos del imperialismo alemán, incluidos los socialdemócratas que llevaban el programa de Erfurt en su mochila, se lanzaron contra Petrogrado. Mantuvieron ocupados Ucrania y otros territorios. La Entente se empeñó en atacar al gobierno soviético y proporcionó a la

contrarrevolución ayuda política, financiera y militar. Para mantener el poder soviético, había que crear el Ejército Rojo. Se trataba de crear una fuerza, organizarla, emplear la fuerza y defenderla contra la fuerza. Una forma de esta fuerza que defendía el estado obrero era el Ejército Rojo, que defendía la existencia y la independencia de este estado en los campos de batalla. La otra forma de fuerza era la dictadura del proletariado, elevada al nivel del terror. Ambas formas de fuerza eran duras necesidades históricas, medios de defensa inevitables, para que la Rusia soviética pudiera vivir, construir y desarrollarse.

Debido a la influencia de los dirigentes reformistas, todavía existe una masa considerable de obreros que no comprende ni la necesidad histórica de una guerra para defender la revolución, ni la naturaleza del terror. Dejan que se maldiga al Ejército Rojo como expresión del llamado imperialismo soviético; se indignan en particular por la “barbarie” del terror. Pero veamos las cosas como son. El terror rojo en la revolución rusa fue la respuesta al terror blanco de la burguesía, que todavía estaba en posesión de fuertes instrumentos de poder. La burguesía no sólo se dedicó a destrozarse el poder político del proletariado mediante conspiraciones, sublevaciones y cosas por el estilo, sino que también reunió toda su influencia para echar por tierra los esfuerzos por construir y renovar la economía y la vida social. El terror rojo de los sóviets fue simplemente una autodefensa elemental. La revolución rusa tuvo que hacer lo que Marx denominó, en su profunda obra *La lucha de clases* en Francia, como el primer deber de toda revolución: tuvo que “suprimir al enemigo”.

No se trataba simplemente de abatir al enemigo. La dictadura del proletariado, que en determinadas circunstancias se agudiza hasta convertirse en terror, tenía aún otra tarea que cumplir. Tenía que desanimar a los contrarrevolucionarios y desterrar de su alma las últimas esperanzas de que algún día logran recuperar su desaparecido poder de explotación y de dominio. Una revolución no puede pasearse simplemente por el país, uniformada como en una escuela de niñas, con una túnica blanca e inmaculada que lleva una guirnalda de paz en sus manos. Debe llegar calzando sandalias de hierro, ceñida con una enorme espada, porque sus adversarios así lo quieren y exigen. La severidad de la dictadura proletaria, sus medidas de terror, no son expresiones libremente elegidas de la voluntad de la revolución. Más bien han sido impuestas por la contrarrevolución. Y tienen un gran objetivo. Al tomar medidas malas, sirven para prevenir lo que es aún peor. La necesidad de la defensa abarca también la necesidad de la prevención. Se lamentan por los cientos y miles de personas que han caído en la guerra civil a manos del terror. Se rasgan las vestiduras de desesperación por el supuesto estrangulamiento de la “democracia” y las libertades burguesas a través de la dictadura del proletariado y el terror. Pero nadie habla de las decenas de miles que han caído como víctimas de la contrarrevolución. Nadie piensa en las decenas de miles más que seguramente habrían corrido la misma suerte, si la fuerza revolucionaria no hubiera roto la fuerza de la contrarrevolución. Nadie en el campo socialista reformista considera el hecho de que, sin la dureza de la revolución, millones y millones seguirían languideciendo bajo la barbarie de la explotación y la servidumbre capitalistas, condenados a la ruina y a la muerte.

*

Camaradas, hermanos y hermanas: terminé mi intervención de ayer explicando que el gobierno soviético no puede prescindir de la fuerza para defenderse y mantenerse. Sin embargo, nada más erróneo que la afirmación de nuestros adversarios reformistas y burgueses de que el gobierno soviético existe sólo gracias a la fuerza. El poder del estado no puede descansar mucho tiempo sobre las bayonetas. Así lo demostraron claramente

los ocho meses de gobiernos de coalición en Rusia y, en particular, los meses del gobierno socialista-revolucionario de Kerensky.

Esto es especialmente cierto en una época de revolución, en la que los días deben medirse como meses, y los años como décadas, y a veces como siglos. El gobierno soviético tuvo que afirmar su derecho a existir mediante su política creativa y activa. Una de las principales características de la política soviética es su internacionalismo, que se expresó con fuerza en su postura sobre la cuestión de la guerra y la paz. El primer llamamiento del estado proletario fue el de la paz¹⁰. La demanda de paz tenía ciertamente un fuerte origen en la indigencia generada por la guerra, y fue expresada por las masas campesinas y proletarias bajo esta fuerte presión. Su otra fuente, igualmente fuerte, era la conciencia de la solidaridad revolucionaria internacional de los obreros, de los productores de todo el mundo.

Marx escribió en *Las luchas de clase en Francia*: “La revolución socialista fue proclamada en Francia. Pero no puede consumarse allí. En general, la revolución socialista no puede consumarse dentro de los límites nacionales”¹¹ Esta convicción fue uno de los temas centrales de la revolución rusa y de la política revolucionaria bolchevique. Entre los primeros decretos del gobierno provisional [soviético] figuraba un llamamiento a todos los gobiernos y pueblos en favor de la paz. Lejos de inspirarse en ilusiones burguesas-pacifistas, exigía la paz como acto revolucionario de los proletarios, como puerta, como primer paso hacia la revolución mundial. Este llamamiento elogiaba especialmente a los obreros de Alemania, Gran Bretaña y Francia, que ya habían prestado tan grandes y valiosos servicios a la humanidad. Por lo tanto, decía el llamamiento, ahora tenían que cumplir con su deber de liberar a la humanidad de la miseria de la guerra.

El llamamiento de la república soviética a la paz a través de la revolución proletaria fue desatendido, aunque seguramente la paz y la revolución nunca podrían haberse logrado de forma tan barata y en circunstancias tan ventajosas como a través de una extensión directa de la revolución proletaria de Rusia. Se habría evitado un año de crímenes, abominaciones y devastación de vidas humanas y bienes. Y lo que es más importante, las amplias masas proletarias disponían entonces de armas y habrían podido volverse contra la clase explotadora con toda su fuerza. Pero la paz mundial no se consiguió con la revolución mundial. La república soviética se vio obligada a firmar una paz por separado en Brest-Litovsk con las Potencias Centrales. Para el joven estado proletario, esta paz aumentó considerablemente las dificultades de su situación interna. Fue utilizada por los socialista-revolucionarios, la fuerza organizada más firme y enérgica de la contrarrevolución dentro de la Rusia soviética, para vilipendiar descaradamente al gobierno soviético. Toda la responsabilidad del colapso militar recayó sobre sus hombros.

Pero, ¿cuál era la situación real? Las severidades y humillaciones de la Paz de Brest-Litovsk fueron la expiación del joven estado soviético por los crímenes y la locura de la ofensiva de junio del gobierno de Kerensky¹². Además, los socialista-revolucionarios (contrarrevolucionarios, de hecho) pusieron en marcha otro ataque contra el poder soviético, diciendo que la Paz de Brest-Litovsk había reforzado el militarismo alemán, Hohenzollern, a expensas de la tan brillantemente exhibida “democracia” y “civilización” de los imperialistas de la Entente. Sin embargo, el imperialismo alemán

¹⁰ Ver en nuestro sello hermano *Edicions Internacionals Sedov: Decreto sobre la paz* y la *Propuesta de armisticio y paz inmediata del gobierno ruso*. Alejandría Proletaria.

¹¹ Una paráfrasis del texto de Engels.

¹² El 18 de junio de 1917, los ejércitos rusos lanzaron una ofensiva en Galicia. A pesar de los avances iniciales, el ataque terminó dos semanas después con una aplastante derrota para las fuerzas rusas. Kerensky era entonces Ministro de Guerra. El Tratado de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo de 1918, puso fin a la guerra entre la Rusia soviética y las Potencias Centrales lideradas por Alemania. Rusia cedió territorio, incluida una cuarta parte de su población e industria.

marchó directamente de Brest-Litovsk a Versalles y a la Paz de Versalles. La locura del imperialismo alemán por la victoria enardeció la voluntad de victoria del otro bando y la acrecentó hasta la fiebre. El Tratado de Paz de Brest-Litovsk les sorprendió. Esto les llevó a lanzar todos los instrumentos de poder a la guerra. El resultado fue el colapso del militarismo alemán, del imperialismo alemán.

Sin embargo, entre las fuerzas que condujeron a este colapso, la revolución rusa y su ejemplo deben contarse sin duda entre los factores morales y políticos más fuertes que desgastaron la voluntad de los ejércitos alemanes y austriacos de mantener el rumbo. Cuando los proletarios alemanes empezaron a negarse a sangrar en los campos de batalla para el beneficio y los fines de la burguesía alemana, la primera palabra que balbuceó la rebelión militar fue “¡consejos de soldados!” Y cuando el colapso militar se convirtió en un vuelco político, cuando surgió la revolución en Alemania, su primera palabra fue “consejos de obreros y campesinos”. ¿Cómo habían aprendido las masas trabajadoras de Alemania esta consigna, que expresaba su indignación y sus ansias de libertad? Lo habían aprendido de la revolución rusa.

Por desgracia, su aprendizaje no fue más allá del abecedario revolucionario. El proletariado alemán aún no había aprendido a leer con fluidez el lenguaje de la revolución. No habían aprendido lo que los obreros y campesinos rusos, esos analfabetos “atrasados”, habían aprendido en ocho meses de la política burguesa y capitalista de los gobiernos de coalición. Incluso ahora, cuatro años después, todavía no lo han aprendido. Los obreros alemanes le devolvieron a la burguesía el poder político concentrado en manos de los consejos. En lugar de la dictadura del proletariado, instauraron la “democracia”, es decir, el dominio de la clase burguesa. Así pues, la expectativa de los dirigentes revolucionarios rusos de que la ola de la revolución mundial avanzaría rápidamente no se cumplió. Los adversarios de los bolcheviques sonrieron y les reprocharon su firme convicción de que la revolución rusa sería el punto de partida de una revolución mundial que se desarrollaría a un ritmo rápido.

Camaradas, hermanas y hermanos: ese ridículo es tan fácil como injustificado. Los dirigentes de la revolución rusa juzgaron correctamente la dirección y el objetivo de la revolución mundial que había estallado. Pudieron caer en el error en cuanto a su ritmo. ¿Por qué fue así? El objetivo y la dirección del desarrollo histórico pueden reconocerse claramente, comprenderse con claridad y esbozarse en perspectiva. Están fijados por el funcionamiento de las fuerzas sociales objetivas. Pero el *tempo* depende en grado sumo de las fuerzas subjetivas de la evolución histórica, es decir, en este caso de la comprensión, voluntad y actividad revolucionarias de las masas proletarias. Son tantos los imponderables que entran en juego al evaluar este factor, que no es posible prever con exactitud el ritmo de desarrollo de la revolución mundial. Pero lo que los maestros de la historia mundial del disgusto y el engaño califican de error aritmético de los bolcheviques fue, de hecho, una de las fuerzas motrices más fuertes para la perdurabilidad y la fuerza motriz de la revolución rusa. Este error aritmético es diez veces, cien veces más fructífero en su impacto más allá de las fronteras de la Rusia soviética que las fórmulas tan cuidadosamente probadas de los consumados instructores de matemáticas. La convicción inquebrantable de que la revolución mundial debe avanzar a grandes zancadas y así completará lo que se inició en suelo ruso, es a esta convicción a la que el proletariado ruso debe la fuerza de su confianza, su creencia casi religiosa en la revolución mundial, en la solidaridad revolucionaria de los proletarios de todos los países, que incluso ahora, después de cinco años de la más intensa lucha, de un sufrimiento sin precedentes, ha mantenido a las masas de la Rusia soviética frescas, entusiastas en la lucha, valientes y decididas.

Pasemos de la política de paz de la revolución rusa a su política económica. Esta política económica debía ser generada por el poder sólido y creativo del proletariado revolucionario. Debía rehacer la sociedad. Desde su inicio, la revolución hizo gala de su carácter proletario. Su política económica debía estar orientada a su objetivo final: el comunismo. Si el poder político de los sóviets tenía la tarea de lograr el comunismo, entonces tenía que abolir la propiedad privada de los medios de producción. Y eso no era todo. Tenía que organizar de nuevo toda la sociedad, según un plan y con espíritu comunista. Esa era una tarea enorme, y en su resolución salió a relucir la tragedia de la revolución rusa. Esta tragedia reside en la contradicción entre una voluntad manifiesta y apasionada de construir el comunismo, a ser posible de una vez, de realizarlo por completo, y una debilidad nacida del atraso de las condiciones económicas y sociales heredadas, dentro de las cuales actuaba esta voluntad.

Para entender la política económica de la revolución rusa, debemos tener una imagen precisa de las fuerzas sociales de que disponía el estado proletario para llevar a cabo la revolución comunista. ¿Cuáles eran las fuerzas de las que la revolución rusa podía obtener apoyo para este vuelco?

A diferencia del utopismo, el marxismo sostiene que la base de la revolución social se establece mediante el mayor desarrollo económico y técnico posible, que amplía enormemente las fuerzas productivas, crea los medios y métodos de trabajo más avanzados, así como las formas y métodos de organización, y, por otra parte, mediante un proletariado que constituye la inmensa mayoría de la población, los que trabajan con las manos o el cerebro, y que es capaz de llevar a cabo las tareas económicas y sociales de la transformación comunista y la construcción del comunismo.

¿Cuál es la situación de la Rusia soviética a este respecto? En su estructura económica y social, el estado soviético se asemeja a una pirámide, establecida por la revolución en su cúspide. Debajo, como cimiento, se encuentra una industria pesada moderna nueva, atrasada y comparativamente aún poco desarrollada; y un nuevo proletariado, comparativamente poco numeroso, aún joven en su formación y capacidad de administrar, gobernar y dirigir el aparato productivo, para lograr la mayor productividad, y también relativamente inexperto en la administración y dirección de los negocios públicos y estatales. Sobre esta estrecha base se asienta el inmenso grueso de la población campesina pobre y de la economía campesina pobre, cuyo modo de funcionamiento todavía abarca las formas más atrasadas, “atrasadas”, como decía Rosa Luxemburg, “como de los tiempos de los faraones”. Y, obviamente, también la mentalidad que la acompaña.

Camaradas, examinando de cerca este estado de cosas, debemos decir que históricamente es un milagro que esta pirámide patas arriba siga en pie hoy, aunque sacudida durante cinco años completos por todos los poderes y tormentas de la contrarrevolución. Pero con el tiempo, tal situación es insostenible. El mayor maestro de los equilibrios no podría evitar que esta pirámide acabara derrumbándose o que los grandes y sólidos bloques de arriba aplastaran los pequeños y delgados cimientos. Sólo podría ser diferente si los estrechos cimientos de la industria moderna y del proletariado moderno se ensancharan, crecieran en altura y se hicieran tan amplios, gruesos y firmes que pudieran resistir todas las presiones de arriba. O, por otra parte, si el pequeño cimiento de abajo ganara apoyo a través de la revolución, a través de la creación de repúblicas soviéticas fuera del estado soviético ruso, si el proletariado de los nuevos estados soviéticos con un desarrollo económico más alto y una civilización más elevada (como dicen en la sociedad burguesa) fuese capaz de ampliar rápidamente el desarrollo del estrecho cimiento de la Rusia soviética, de reforzarlo y acelerar así su transformación comunista.

Eso no llegó a ocurrir. No se formaron tales estados soviéticos. Y el resultado fue que la revolución rusa y su creación, el estado proletario ruso, tuvieron que llegar a un *modus vivendi* con el campesinado y con los capitalistas, tanto dentro como fuera de Rusia. Este *modus vivendi* es la Nueva Política Económica. Al evaluarla, no debemos perder de vista las condiciones dadas y específicas de Rusia. No debemos juzgar sobre la base de si alguna medida que se ha tomado se corresponde con planes muy elaborados para una revolución social pensada en algún estudio. Nuestro criterio debe ser juzgar si la acción en cuestión, medida frente a circunstancias que no son libremente elegidas sino simplemente encontradas, representa pasos que conducen en la dirección del desarrollo hacia el comunismo; si las medidas apuntan hacia el comunismo como su meta.

Sobre todo, debemos juzgar desde este ángulo la política agraria bolchevique, que ha suscitado fuertes críticas no sólo entre las filas de los reformistas y burgueses, sino también entre los comunistas¹³. Para comprender la revolución rusa es sumamente importante entender esta política en sus líneas generales; no podemos, por supuesto, entrar en detalles aquí. Esta comprensión es también extremadamente importante para resolver las tareas que probablemente enfrentará el proletariado mundial después de la conquista del poder político en todos los países, aunque en circunstancias diferentes a las de la Rusia soviética. A su manera, los Beckmesser mencheviques que rechazan la revolución rusa por su política agraria están pensando de forma lógica¹⁴. Que se les pueda llamar con razón pensadores marxistas es, por supuesto, otra cuestión.

Al evaluar la política agraria bolchevique debemos recordar que el capitalismo, a pesar de la profusión de sus instrumentos de poder, fue incapaz, durante largos períodos de tiempo, de ir más allá de las pequeñas explotaciones campesinas y sustituirlas por formas productivas más elevadas. Es cierto que el capitalismo proletarizó al pequeño campesinado en amplias zonas y países enteros. Sin embargo, la forma de producción minifundista ha persistido, a pesar de todo. No hace falta que miremos a los países de los Balcanes, que siguen dominados en su inmensa mayoría por pequeños campesinos. No hace falta pensar en las masas campesinas de Italia y Francia. Incluso en Alemania, tan desarrollada industrialmente, sigue habiendo un fuerte pequeño campesinado. Incluso en los Estados Unidos, las explotaciones de pequeños campesinos son numerosas, aunque las pequeñas explotaciones deben medirse allí según los estándares norteamericanos y no europeos.

¿Cómo puede esperarse que la revolución rusa y la política agraria bolchevique puedan acabar con la pequeña agricultura mediante un manotazo? Dada la fuerza de la población campesina pobre, era inevitable que la revolución en Rusia no fuera posible sin una política agraria que satisficiera a las masas campesinas. En Rusia, el ochenta por ciento de la población son pequeños campesinos, entre los cuales las nueve décimas partes son campesinos trabajadores. La toma del poder político por el proletariado, y la realización de una revolución en contra de la voluntad de estas masas, habrían quedado totalmente excluidas. Iré más lejos. Una revolución sin el apoyo de estas masas no era posible. Quien quisiera una revolución proletaria en Rusia tenía que tragarse también la política agraria bolchevique a trozos. Había que elegir; no había forma de evitarlo.

¹³ 19. La crítica de Luxemburg a la política agraria bolchevique había sido publicada por Levi en 1921 [Ver *Sobre la revolución rusa* en Edicions Internacionals Sedov]. Las críticas a la política agraria bolchevique habían sido expresadas en el II Congreso por Crispian y Serrati. Una política contraria había sido seguida por los efímeros gobiernos soviéticos en Hungría (1919) y en partes de Polonia (1920), con malos resultados. Véase *The Rosa Luxemburg Reader*, pp. 290-3; Riddell, (ed.), *Workers of the World and Oppressed Peoples, Unite! Proceedings and Resolutions of the Second Congress, 1920* (Nueva York: Pathfinder Press, 1991), vol. 1, pp. 52-5, 357-8; y 2, pp. 653-4.

¹⁴ Sixtus Beckmesser es un crítico censurador y estrecho de miras en la ópera de Richard Wagner, *Die Meistersinger von Nürnberg*.

La política agraria bolchevique comenzó con uno de los primeros decretos del gobierno provisional [soviético], que abolía la propiedad privada de la tierra. Se prometió el derecho de uso de la tierra a todas las personas, como individuos, sin distinción de sexo, con la condición de que trabajaran personalmente la tierra¹⁵. También se repartieron las existencias de máquinas, herramientas, ganado, etc. de los latifundios. Luego hubo un periodo de intentos de configurar la división de la tierra según reglas firmes, para evitar la división de los latifundios, y para integrar la agricultura campesina de forma planificada en el conjunto de la economía. Esto ocurrió durante el periodo del “comunismo de guerra” con sus “comisiones de recolección” y “requisas”. El hambre de tierra había convertido a las masas campesinas en revolucionarias; la satisfacción de esta hambre las convirtió en un fuerte apoyo del gobierno soviético.

Rosa Luxemburg había temido que, como resultado de un levantamiento agrario de este tipo, el campesino ruso cayera en la apatía política. Pero esto no ocurrió. No reclamó su pedazo de tierra para luego arrastrarse a su horno. No, el hambre satisfecha de tierra le convirtió en un heroico defensor de la república soviética. Al hacerlo, defendió su suelo contra el regreso de los grandes terratenientes. Pero en otro aspecto, las esperanzas de los líderes de la revolución rusa no se cumplieron. El reparto de la tierra no agudizó las contradicciones de clase rurales, llevando a las masas campesinas pobres al lado del proletariado industrial, para que juntos pudieran superar el antagonismo de clase entre obreros y capitalistas. En cambio, creció una amplia capa de campesinos medios, cuyos intereses entraron rápidamente en contradicción con los del comunismo de guerra. Estos campesinos medios poseían el pan nutricio y las armas mortales. Pudieron obligar a adoptar la nueva política, con sus medidas de introducción de un impuesto en especie en lugar de la entrega obligatoria de todo el producto agrícola, aparte de una ración para el consumo personal. Obligaron a adoptar el libre comercio y las demás innovaciones económicas conocidas.

Camaradas, hermanos y hermanas: contra la política agraria bolchevique se ha sostenido que no es comunista y que se aleja del comunismo, en contradicción con la tarea del estado soviético de preparar y llevar a cabo una transformación comunista. Peor aún, se dice que erige una barrera frente a esta transformación. ¿Cuál es la verdad? La primera cuestión es si era posible llevar a cabo una revolución agraria que mantuviera los grandes latifundios, estableciera otros grandes latifundios y los transformara en empresas modernas a gran escala. Quien afirme que eso era posible, está hablando por hablar.

La economía agraria de la Rusia soviética no se caracteriza por las grandes empresas modernas, sino por las pequeñas explotaciones campesinas. Cuando estalló la revolución, las empresas a gran escala sólo estaban presentes en cantidad significativa en Polonia, los países bálticos y algunas partes de Ucrania. Si seguimos la vieja fórmula socialista, ¿qué nos dice esto sobre la resolución de la cuestión agraria? El aparato productivo agrícola que podría haber permitido avanzar hacia la creación de empresas a gran escala, simplemente no existía. Además, no existía un proletariado rural moderno que hubiese podido tomar en sus manos tal aparato productivo, gobernarlo y dirigirlo. Es característico que en Rusia se mencione constantemente a los “pobres del pueblo”, pero no a un proletariado campesino o agrícola. Tal proletariado en el sentido propio de la palabra no existe. Los latifundios que existían seguían siendo gestionados por los terratenientes según el antiguo modelo feudal y no según los métodos del capitalismo moderno, que sólo fueron aplicados por unos pocos aristócratas de mentalidad liberal.

Por lo tanto, la política agraria de la revolución rusa no podía crear grandes empresas agrícolas. Teniendo en cuenta estos hechos, y también considerando la

¹⁵ *Decreto sobre la tierra*, Edicions Internacionals Sedov. Alejandría Proletaria.

debilidad inicial del gobierno central, la reforma agraria tuvo que ser llevada a cabo de forma caótica por las propias masas campesinas. Tuvo que producirse de la forma en que lo hizo.

¿Es cierto que la política agraria bolchevique ha puesto obstáculos absolutamente insuperables al desarrollo de la agricultura por la vía comunista? Lo pongo en duda. Es cierto que la “psicología ancestral de la propiedad”, de la que tanto se habla al criticar las medidas agrarias de la revolución, sigue siendo poderosa entre los pequeños campesinos de la Rusia soviética. De hecho, entre muchos de ellos, sin duda se fortalece y refuerza inicialmente. Pero, ¿permanecerá esto? Esa es otra cuestión. Seguramente, la oposición, e incluso la rebelión de los campesinos contra las medidas del comunismo de guerra, se debe a otros factores que no son simplemente los brotes supuestamente irresistibles de la mentalidad innata de los campesinos pequeñoburgueses.

El hambre de tierra convirtió a los campesinos en partidarios y defensores del estado soviético. El hambre de bienes, derivada de su trabajo, los alejó del comunismo y los condujo a visiones económicas capitalistas y contrarrevolucionarias.

¿Cómo conocieron el comunismo? No como la solidaridad que surge de la integración de la ciudad y el campo, no, sino como el “comunismo de guerra”, que les quitó todo a los campesinos sin darles los productos esenciales e indispensables para sus operaciones agrícolas y su consumo. Por eso debemos anticipar que cuando la industria se reactive, la política económica soviética no tropezará con ninguna actitud anticomunista insuperable entre los campesinos.

Hay otros factores que no deben olvidarse cuando se evalúa la psicología de los pequeños campesinos. Entre los pequeños campesinos rusos existen antiguas y profundas tradiciones de comunismo aldeano indígena que no han desaparecido del todo. Han sido sostenidas y reforzadas por sentimientos religiosos primitivos que consideran que toda la propiedad proviene en última instancia de Dios, como propiedad de Dios. Estos sentimientos son alimentados por la propaganda de los seguidores de Tolstoi, los socialista-revolucionarios, los *narodnikis* y muchas sectas religiosas. Y estos inicios de la comprensión comunista son sistemáticamente alentados y promovidos por las medidas del estado proletario.

Para empezar, a pesar de todas las nuevas políticas, la tierra no se ha convertido en propiedad privada de los campesinos. Sigue siendo propiedad del estado proletario. El campesino la recibe para su usufructo, pero no puede legarla ni venderla. La explotación del trabajo asalariado está prohibida. Además, la economía de los campesinos pobres se integra en el conjunto de la economía nacional, no sólo mediante el impuesto en especie, sino también a través de toda una serie de reglamentos, disposiciones y normas para el cultivo y la utilización de la tierra. Por último, el gobierno soviético está procediendo consciente y sistemáticamente a dirigir el desarrollo de la agricultura en la dirección de la empresa cooperativa. Esto se lleva a cabo en parte gracias a la iniciativa de los propios campesinos, presionados por la pobreza. Las malas cosechas y el hambre de los últimos años han llevado a los campesinos a fundar cooperativas y asociaciones de diversos tipos. Se han formado ligas de vecinos y parientes para la adquisición y uso colectivo de máquinas, arados y similares. Además, el gobierno soviético se esfuerza por crear el mayor número posible de grandes explotaciones soviéticas, al tiempo que fomenta la creación y el éxito de las explotaciones cooperativas y las empresas agrícolas. Ciertamente, las granjas soviéticas y cooperativas que funcionan como empresas agrícolas modernas son sólo pequeñas islas en el enorme océano de las pequeñas granjas campesinas, cuyo número se estima en unos doce millones. Pero pueden desempeñar un papel importante como modelos técnicos y sociales, y sabemos que lo están haciendo en no poca medida.

Hay un factor más que debemos tener en cuenta. No debemos caer en el error de considerar la revolución agraria rusa en términos de la emancipación de los campesinos en Francia, independientemente de las muchas analogías superficiales entre estos dos poderosos acontecimientos. No debemos olvidar que la emancipación de los campesinos franceses se produjo vinculada a una revolución burguesa cuya esencia se expresaba con las palabras “propiedad” e “individualismo”. La revolución agraria rusa, en cambio, se integra en una revolución proletaria, cuyos conceptos centrales son el trabajo y la solidaridad. Esto crea una atmósfera social para el desarrollo de las actitudes de los campesinos pobres muy diferente a la de la época de la revolución francesa.

Sobre todo, los pequeños campesinos rusos aprenderán por experiencia que sus condiciones están íntimamente ligadas (para bien o para mal) al desarrollo de la industria y al ascenso del proletariado a nuevas formas de vida económica y social. El campesino no puede racionalizar sus operaciones a menos que este proceso esté apoyado por el florecimiento de la industria moderna y los logros de los proletarios. A este respecto quiero decir que la mejor y más eficaz reforma agraria es la electrificación de la economía rusa. El gobierno soviético tiene esta tarea en el punto de mira y se esfuerza en llevarla a cabo. Esta tarea crea una solidaridad entre la ciudad y el campo, una vinculación de los intereses económicos y culturales de los proletarios industriales y de los pequeños campesinos, más fuerte y sólida que cualquier otra cosa que se pueda imaginar.

Permítanme concluir este tema. Es cierto, por supuesto, que la reforma agraria bolchevique no ha podido resolver la cuestión agraria de la noche a la mañana, mediante la realización del comunismo completo. Sin embargo, no representa en absoluto una desviación de la dirección y el objetivo de una sociedad comunista. Al contrario. A través de una innovación tras otra, está conduciendo al pequeño campesinado económica, social y culturalmente por el camino del comunismo, y marcará un rumbo firme. Y la psicología de los pequeños propietarios cambiará con la transformación de sus condiciones de trabajo y de vida.

Los socialistas reformistas pequeñoburgueses consideran que la política agraria del Partido Comunista Ruso equivale a la expulsión del hombre del paraíso de la revolución. En su opinión, esta política es el pecado original capitalista en el mundo bolchevique, el pecado original que sólo puede dar lugar al resurgimiento del capitalismo por completo. En mi parecer, esta opinión es totalmente errónea. Incluso sin la política agraria bolchevique, la Rusia soviética bien podría haberse visto obligada a llegar a un acuerdo con el capitalismo, para seguir un camino coherente hacia el comunismo. Desde el principio, el partido dirigente de la revolución rusa, al mismo tiempo que aspiraba al comunismo, no dejó de informarse sobre el camino que le llevaría al comunismo. Comprobó y sopesó las condiciones políticas concretas y prácticas bajo las que debía alcanzarse en Rusia. Por ello, los bolcheviques expresaron su política económica mediante objetivos limitados e inmediatos que, sin embargo, se orientaban firmemente hacia el comunismo. Lenin formuló esto en abril de 1917 ¿Qué planteó como tareas económicas inmediatas tras la conquista del poder? La socialización de la industria pesada, el transporte y los bancos; el monopolio del comercio exterior; y el control obrero de la producción. Y los decretos iniciales del gobierno provisional [soviético] no fueron mucho más allá de estas exigencias. Sólo poco a poco se tomaron nuevas medidas para acabar con la propiedad privada de los medios de producción, las fincas, etc.¹⁶

La revolución proletaria avanzó en esta dirección, hacia la superación de la consigna de abril del control obrero. ¿Por qué fue así? Una gran parte de los empresarios

¹⁶ El lector puede ver el proceso señalado en la serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 \(decretos revolucionarios et alii\)](#) de nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov. Alejandría Proletaria.

respondieron a las medidas del gobierno soviético con sabotajes o cerrando las fábricas y huyendo. A los obreros no les quedaba otra cosa que hacer que asumir la gestión de esas fábricas, ocuparlas. De lo contrario, las fábricas habrían sido cerradas y la economía totalmente destruida. Había otro factor: la Rusia soviética tenía que armar y sostener al Ejército Rojo en una lucha con ejércitos equipados y mantenidos por la industria armamentística avanzada de todo el mundo. Eso no podía hacerse en el marco de las medidas económicas iniciales, más bien modestas. Exigía que se tomaran y utilizaran todos los medios de producción disponibles, que se emplearan todas las fuerzas productivas. Además, aunque el poder político de la burguesía había sido expropiado, seguía poseyendo ricos recursos sociales que empleaba despiadadamente contra el estado obrero. Era necesario atacar las raíces del poder de la burguesía, es decir, su propiedad. Esto se llevó a cabo mediante la nacionalización de todos los medios de producción e inventarios disponibles.

Por último, había también otra consideración. La defensa de la Rusia soviética contra el asalto de la contrarrevolución exigía de las amplias masas un sacrificio y unas privaciones enormes y sin precedentes. Las masas lo aceptaron de buen grado porque (¿cómo decirlo?) se creó un comunismo primitivo de consumo. De este modo, la revolución rusa fue impulsada económicamente mucho más allá de sus objetivos originalmente adoptados.

Los que ahora se quejan de que la revolución está derrotada y en fuga, están muy equivocados. La revolución rusa se ha retirado de sus posiciones iniciales en buen orden, conservando, de hecho, más centros de mando y fortalezas que las que se propuso y había ocupado inicialmente. Es cierto que el capitalismo ha vuelto, aunque su poder se hubiese roto y pareciera haber sido desterrado del sagrado suelo revolucionario de la Rusia soviética de una vez por todas. Ha vuelto en forma no sólo de pequeños campesinos, sino de los que reciben arrendamientos y concesiones. Es evidente que estos señores no participan en la economía rusa por el sentimiento edificante de construirla, levantarla y servir así a la causa de la civilización. Persiguen un objetivo más “tangible”: obtener un beneficio, el mayor beneficio posible. Pero, camaradas, el capitalista que vuelve a la Rusia soviética ya no es el dueño absoluto de la casa en su propia empresa. ¿Por qué no lo es? Porque ya no es el dueño de la casa en el estado. El afán de lucro de los concesionarios y arrendatarios es frenado por las leyes del estado obrero y por la aplicación de estas leyes por los organismos del poder soviético.

Ciertamente, la contradicción entre el capital y el trabajo estallará en el marco de la Nueva Política Económica con toda su crueldad y severidad. Pero el estado soviético actúa como custodio designado por el proletariado sobre todas las fuerzas productivas, sobre todos los recursos naturales, sobre toda la fuerza de trabajo humana. Los intereses del proletariado son su ley suprema. Sus normas y condiciones legales hacen imposible que los capitalistas nacionales y extranjeros saqueen los recursos naturales. También impide que los capitalistas, por muy grande que sea su afán de lucro, aumenten sus ganancias mediante el saqueo y la devastación de los seres humanos. El estado proletario es consciente de que la mayor riqueza de la Rusia soviética es la población trabajadora, fuente de todo valor. Es consciente de que es necesario no sólo mantener al proletariado ruso tal como vive y se esfuerza actualmente. No, hay que elevar su competencia física, intelectual y profesional y su poder cultural moral a un nivel mucho más alto, para que pueda crear y mantener el comunismo perfeccionado.

Por eso, en los inevitables conflictos entre el capital y el trabajo en las empresas arrendadas o concesionadas, los sindicatos y las cooperativas volverán a desempeñar un enorme papel y a desarrollar su actividad de forma fructífera. ¿En qué se diferenciará esto de la situación en los países no soviéticos, donde los capitalistas siguen gobernando

políticamente? Allí, el poder del estado no es más que un freno para el funcionamiento de los sindicatos y las cooperativas. Siempre interviene en los conflictos entre la burguesía y el proletariado para mayor bien del capitalismo, a menos que las masas trabajadoras se hayan hecho lo suficientemente fuertes como para impedirlo. Pero en la Rusia soviética, en todos los conflictos de los obreros con el capital industrial, comercial o crediticio, el poder del estado estará del lado de los sindicatos y las cooperativas.

Sin embargo, debemos considerar otra cara del “capitalismo de estado”. La república soviética no sólo se dedica al “capitalismo de estado” proporcionando arrendamientos y concesiones. También debe ser “capitalista de estado” en sus propias empresas. Sólo se cede a los capitalistas, como préstamo para su explotación una parte, y hasta ahora sólo una pequeña parte, de la industria rusa y de la economía rusa. La otra parte, y es la más importante (incluyendo la industria pesada, el transporte, etc.) permanece, en sus centros de mando, en manos del gobierno soviético. El gobierno soviético, el propio estado obrero, es el mayor empleador de la Rusia soviética. Pero, ¿qué significa esto en un período en el que la economía rusa no está vinculada a estados que estén en el camino de comunismo, sino que está integrada en la economía mundial capitalista? Significa que las leyes escritas y no escritas de esta economía mundial ejercen una influencia, dentro de ciertos límites, en la configuración de las relaciones en el primer estado obrero. También el estado soviético debe preocuparse como empleador, en nombre de la clase que representa, por la “rentabilidad” de las empresas. De hecho, voy a ir más allá. Incluso cuando el período de transición haya terminado, incluso cuando hayamos alcanzado el comunismo puro, la sociedad generará plusvalía en su economía. Tendrá que acumularse en aras de un mayor desarrollo económico y cultural. ¿Cuál es el resultado de esto? El resultado es que el estado obrero puede entrar en conflicto temporal aquí y allá con las demandas e intereses de obreros individuales y grupos de obreros, ante los cuales debe representar los intereses presentes y futuros de todo el proletariado como clase. Evidentemente, estos conflictos no deben resolverse sobre la base de los intereses temporales y coyunturales de personas o grupos individuales dentro del proletariado y de ramas individuales de la economía. No, deben resolverse, hoy y en el futuro, en función de los intereses del proletariado como clase, en su totalidad.

Obviamente, los conflictos de este tipo no estarán ausentes en la Rusia soviética. Los conflictos surgirán sólo por esta razón: El proletariado ruso no está todavía en condiciones de proponer de entre sus propias filas todas las fuerzas necesarias para ocupar los puestos administrativos, de dirección y decisivos. Así, se nombran para estos puestos a personas que tienen una profunda formación y experiencia económica, técnica y profesional, pero que carecen de la necesaria perspectiva comunista. Camaradas, hermanos y hermanas: También en este sentido, los sindicatos y las cooperativas tienen una tarea extraordinariamente importante: como organismos no sólo de construcción económica, sino de educación tanto “hacia arriba como hacia abajo”, para acuñar una frase. Hacia abajo, para elevar a las masas proletarias como productoras a la máxima capacidad productiva posible. Los proletarios a veces experimentarán esto como severidad. Pero al sopesar esta aparente severidad y el atraso del que hablaba ayer nuestro amigo Lenin, no debemos olvidar que fuera de Rusia, en los estados capitalistas altamente desarrollados, el proletariado ha pasado por la terrible escuela del capitalismo durante cientos de años para lograr su actual capacidad de producir y trabajar. Esta educación comienza con la “legislación sangrienta” en Inglaterra¹⁷ y la instrucción continúa hoy con el látigo del hambre y el azote de la explotación y el dominio de clase. El estado obrero

¹⁷ Véase en el Primer Libro de *El Capital*, “XXIV.3 Leyes persiguiendo a sangre y fuego a los expropiados, a partir del Siglo XV. Leyes reduciendo el salario”. *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, páginas 624-630.

soviético ruso educará a sus masas obreras con la ayuda de los sindicatos y las cooperativas y utilizando métodos más suaves y humanos, acordes con el significado del comunismo. Pero aún debe educar, educar para lograr la disciplina del trabajo, la producción calificada, etc. Y eso incluye la posibilidad de enfrentamientos.

El estado obrero también trabajará simultáneamente con los sindicatos y las cooperativas para formar una plantilla de empleados, funcionarios, gestores y agentes que estén imbuidos del espíritu del comunismo y transformen la economía lo más rápida y fundamentalmente posible en una dirección comunista. Los empleados y funcionarios deben tomar conciencia de lo que significa ser representantes del estado obrero.

Otro factor: a pesar de su pobreza y de la devastación de su economía, la Rusia soviética es hoy el estado con la legislación más avanzada en materia de protección de los obreros y bienestar social. Y esto no es sólo sobre el papel. Los sindicatos y las cooperativas, junto con los organismos soviéticos, tienen la tarea de supervisar la aplicación de la legislación laboral y de bienestar social y trabajar para mejorarla. Son agentes eficaces de la reforma social. Los señores reformistas aclamaban, como se dijo anteriormente, la actividad de las cooperativas y sindicatos en lo concerniente a la reforma social como un medio para vaciar el capitalismo y evitar la revolución. Ahora vemos cuánta razón teníamos los “radicals” al sostener que los sindicatos y las cooperativas sólo podrían contribuir a una reforma social, verdaderamente transformadora, tras la conquista del poder político por parte del proletariado. Sólo después de la conquista del poder político se convierten en un factor de transformación de la economía en dirección al comunismo. La reforma social adquiere entonces un rostro totalmente nuevo, un significado diferente. A través de la protección y defensa del proletariado contra el capitalismo, se convierten en contribuyentes a la construcción del comunismo. La conquista del poder político por parte del proletariado, y el establecimiento de su dictadura en forma de sistema soviético, se erige como un hito imponente en la curva del camino donde todos los factores sociales adquieren un desarrollo superior y nuevas tareas.

No es necesario que señale los efectos de la Nueva Política Económica en otros ámbitos. Nuestro amigo Lenin lo hizo ayer de manera esclarecedora. Sin embargo, considero necesario subrayar con fuerza este aspecto de la nueva política. Porque pone de relieve dos hechos. En primer lugar, que, en la conquista y mantenimiento del poder político, el proletariado no marcha todavía cuesta abajo, sino que está justo enfrentando la escalada a la montaña. Por medio de su política general, y especialmente de su política económica, el gobierno proletario debe escalar la montaña hasta la tierra prometida del comunismo. Esto plantea una serie de problemas difíciles: el de la relación entre la ciudad y el campo; el del poder político de los obreros incorporados al estado soviético y el de las organizaciones económicas del proletariado (los sindicatos y las cooperativas); el de la relación entre los trabajadores productivos, por un lado, y, por otro, los empleados y funcionarios de las fábricas y la burocracia de todas las diversas oficinas de las autoridades soviéticas centrales y locales. El proletariado de todos los países tendrá que enfrentar estos problemas tras la conquista del poder político.

Por lo tanto, tenemos mucho que aprender de los desarrollos relevantes de la revolución rusa, no sólo de lo que parece correcto, sino también de lo que parece defectuoso o lo es de hecho. Sin embargo, en todo esto debemos mantener fija nuestra atención en el problema central, que es la conquista y el mantenimiento del poder político, el poder estatal, en manos del proletariado. De ello depende la posibilidad de transformar la sociedad hasta el comunismo, como una conquista del propio proletariado. La defensa del poder estatal por y para el proletariado debe tener prioridad sobre cualquier otra consideración. Si se necesita una prueba del papel decisivo del poder del estado en la

transformación comunista, basta con mirar dos ejemplos clásicos: la Rusia soviética es uno; el otro es Alemania bajo el gobierno de coalición¹⁸.

En la Rusia soviética: defensa del poder estatal proletario; socialización de la industria pesada; refuerzo de la legislación para proteger a los obreros; aseguramiento de la jornada de ocho horas; lucha consecuente contra el azote de las horas extraordinarias, que sólo se permiten cuando son demostrablemente esenciales en el interés superior del propio estado obrero; refuerzo del bienestar social; expansión del sistema escolar como en ningún otro país, a pesar de toda la pobreza. En definitiva, un comienzo de reconstrucción económica, pequeños avances en la vida económica y, lo más importante, una ligera pero claramente perceptible mejora de las condiciones del proletariado.

Frente a esto, consideremos Alemania: el proletariado carece de poder estatal; una coalición que va de Stinnes a Scheidemann, e incluso a Hilferding y Crispian; en lugar de socializar, la amenaza de Stinnesizar las empresas estatales; el desmantelamiento de la jornada de ocho horas con la ayuda del poder estatal burgués; el desmantelamiento de las instituciones de bienestar social; las escuelas entregadas a los sacerdotes; la clase media proletarizada en condiciones de gran empobrecimiento; la economía más devastada cada día que pasa. En definitiva, el empobrecimiento creciente de las masas trabajadoras, que lleva a millones al borde de la muerte.

Estos hechos, en mi opinión, muestran más claramente que nada la importancia decisiva del control del proletariado sobre el poder del estado. Pero no es sólo esta razón la que ha llevado a la Rusia soviética a la “nueva política” como un “mal inevitable”, derivado de las condiciones específicamente rusas. Más bien veo la “nueva política” como el único camino bajo estas condiciones que conduce del capitalismo al comunismo.

El camino de la Rusia soviética hacia el comunismo requiere no sólo mantenerse firme en la “nueva política”. Junto a ella deben existir la profundización de la comprensión comunista, la consolidación del núcleo idealista del comunismo y de los poderosos valores culturales que el comunismo encarna y lleva a su pleno desarrollo. Por esta razón, de la mano de la nueva política (y en parte para elevar la economía a un nuevo y más alto nivel) se requiere un trabajo sistemático y exhaustivo de educación popular, especialmente de la juventud. Esta debe ser la educación y la formación para el comunismo.

Camaradas, hermanos y hermanas: estaría fuera de mi alcance tratar de describir siquiera una pizca de los colosales logros de la revolución rusa en este campo del trabajo cultural. La revolución rusa es un vehículo de cultura, una potencia cultural, como no se encuentra en ningún otro lugar hoy en día. Recordemos todas las medidas adoptadas en el campo de la educación popular, la formación y el arte. Los soldados del Ejército Rojo, que han pasado por la escuela del “militarismo” revolucionario en la Rusia soviética, regresan a sus lejanas aldeas como portadores de cultura en el sentido más estricto de la palabra. Durante los cinco años de su reinado, la revolución rusa ha logrado maravillas. Incluso sólo con este criterio, ya es inmortal. ¿Qué podría haber logrado sin el gobierno proletario? Pero, ¿cuál es la condición previa para que el gobierno soviético siga existiendo como una fuerza fuerte para transformar la sociedad económica y culturalmente hacia el comunismo? Creo que una precondition esencial para ello es la íntima conexión orgánica entre el partido comunista, el principal partido de clase revolucionario del proletariado, y las amplias masas proletarias que permanecen fuera de este partido. La revolución rusa nació de esta firme unidad, que le ha permitido sobrevivir hasta hoy. También debe asegurar el futuro comunista. Esta unidad orgánica del partido y de las masas no consiste en la aplicación rígida de un esquema muy mecánico. No es

¹⁸ Por “gobierno de coalición”, Zetkin se refiere a la alianza del SPD con los partidos burgueses que gobernaron Alemania desde 1919 hasta noviembre de 1922.

un poder impuesto al proletariado desde el exterior. No, es una vida que brota de las propias masas.

La naturaleza y la actividad del partido comunista de la Rusia soviética es la expresión más completa y poderosa de la comprensión, voluntad, autoactividad y movimiento autónomo revolucionarios de las masas proletarias. La vida y la actividad fluyen en una rica corriente alterna desde abajo, desde las masas hacia el partido, y a través de mil canales visibles e invisibles, desde el partido hacia las masas. Escuchamos el clamor sobre una dictadura paralizante y mortal en la Rusia soviética de una camarilla del partido, una camarilla de dirigentes. Se nutre de fórmulas que no son más que una pobre imitación de las mentiras y calumnias antibolcheviques sobre las condiciones del estado en el que el proletariado no sólo ha tomado el poder, sino que lo ha conservado y ya no está bajo el control burgués. Frente a este clamor, debemos evaluar con precisión el papel del partido comunista de la Rusia soviética como una rica fuente de la más intensa vida creativa. Y para ello basta con echar un vistazo a la vida y al trabajo de las masas proletarias y campesinas. ¡Qué ardiente deseo de aprender, qué entusiasmo por aprender! ¡Qué movimiento y agitación entre innumerables fuerzas antes dormidas!

Gracias al gobierno soviético y a la influencia del partido comunista, florecen maravillosos talentos entre las masas obreras. Los más bellos valores intelectuales y morales emergen de las profundidades a la luz. Mirad las estructuras soviéticas, mirad las diferentes instituciones sociales. En todas partes las cosas se entrelazan y funcionan, como en ningún otro país del mundo en la actualidad. Millones de personas se esfuerzan en avanzar y ascender. Y en su voluntad y en su acción destella el cerebro y late el corazón del partido comunista. Ciertamente, nosotros, que venimos del extranjero, vemos muchos sufrimientos crueles, muchos duros abusos. Sin embargo, nos abruma la sensación de que aquí hay una vida tan nueva y fuerte. Los espíritus se despiertan. Aquí es un placer vivir, trabajar y morir cuando ya no queda nada más que partir.

Camaradas, hermanas y hermanos: Voy a concluir. Cuando examinemos lo que ha conseguido la revolución rusa, se planteará una pregunta por parte de algunos elementos que aprecian el orden (los que quieren evitar la revolución, los que la odian y la temen, o que al menos querrían tenerla por un precio muy barato en forma de una hermosa revolución). Preguntarán si para obtener estos resultados era necesario pasar por las tormentas de la revolución; ¿no podría haberse logrado por el camino de la democracia y la reforma? Yo digo que no. Porque sin la revolución, la Rusia soviética no tendría su poder político creador y transformador, su orden soviético, su estado obrero, su dictadura del proletariado. Sin este punto de inflexión decisivo, no habría una vida nueva, históricamente más elevada y liberadora.

La revolución rusa no necesita realmente disculparse por la supuesta insignificancia de sus logros. Por el contrario, estos logros son sorprendentes, son asombrosamente grandes. Las tareas que tiene ante sí una revolución proletaria son mucho más grandes, más amplias y profundas que las de cualquier revolución burguesa. La revolución burguesa sólo crea el aparato estatal y las relaciones de poder político, y lo que está ligado a ello. No llega creativamente a la economía social. Y, sin embargo, después de la gran revolución francesa, por ejemplo, pasaron cien años antes de que su mejor logro, la república, fuera asegurada por el levantamiento de la Comuna.

La revolución proletaria no puede contentarse con “rejuvenecer” el viejo y podrido armatoste del estado capitalista en forma soviética¹⁹; también debe transformar la economía social, y con ella toda la superestructura social. Se trata de una poderosa tarea que no puede realizarse de la noche a la mañana y que no puede ser llevada a cabo por

¹⁹ Las palabras citadas proceden del poema *Von unten auf* (Desde abajo) del poeta revolucionario alemán Ferdinand Freiligrath (1810-1876).

grandes personalidades. Debe ser más bien el logro de toda la clase proletaria durante décadas. Marx escribió en su polémica contra Max Stirner que no debemos desanimarnos si la revolución proletaria se prolonga durante décadas²⁰, ya que su tarea es crear no sólo nuevas condiciones sociales, sino nuevos seres humanos, y educarlos para construir las nuevas relaciones sociales.

Debemos tenerlo en cuenta con respecto al primer estado proletario del mundo. La revolución rusa ha logrado más que cualquier otra revolución anterior. No ha retrocedido a su punto de partida, sino que ha avanzado mucho más allá. Con una escoba de hierro ha barrido del suelo de Rusia todas las instituciones y reliquias feudales. Esto lo ha hecho con una minuciosidad que no se encuentra en ninguna revolución burguesa de ningún país de Europa. Miren a Gran Bretaña. A pesar de la revolución burguesa y del largo dominio de la clase burguesa, aún hoy existen fuertes supervivencias del orden feudal. Miren a Alemania, el país de la revolución burguesa más reciente. La conquista de esa revolución, la forma republicana de estado, está todavía tan poco asegurada que sus defensores tiemblan ante la perspectiva de otro putsch de Kapp o de Orgesch. En la Rusia soviética, por el contrario, es inconcebible que el viejo zarismo regrese de nuevo. Tampoco es concebible que pueda surgir aquí un estado capitalista modernizador, como soñaban los reformistas en alianza con la democracia pequeñoburguesa. La revolución proletaria ha sembrado tantas semillas de vida nueva y fructífera, tanto en el plano institucional como en la conciencia de millones de personas, que esta vida nunca podrá extinguirse ni destruirse.

La Rusia soviética como estado proletario se mantiene firme. Es la primera forma de estado proletario en la época de transformación del capitalismo al comunismo pleno. Ciertamente, no es la única forma, y esto debe tenerse en cuenta, pues las condiciones históricas para el establecimiento de un estado proletario son variadas. Pero aun así es el primero y hasta ahora el único estado con dictadura proletaria. Teniendo en cuenta este hecho, todo lo que hace y logra, y también sus errores y debilidades, son fructíferos y significativos para el proletariado mundial y la revolución mundial. Los proletarios rusos y el Partido Comunista de Rusia han pagado la matrícula más alta para aprender cómo un estado proletario, abandonado por el proletariado mundial, puede transformarse gradualmente en una sociedad comunista. En este sentido, la política bolchevique es decisiva e instructiva. Muchos ladean la nariz con desprecio, considerándolas como un mero recorrido en zigzag, una cadena de errores y aberraciones. Pero lo cierto es lo contrario.

La política de los bolcheviques, de los comunistas rusos, muestra en su conjunto una unidad, homogeneidad y coherencia de línea casi magníficas. Esta política es el primer intento de llevar el marxismo de la teoría a la práctica a nivel histórico-mundial; es el primer intento histórico-mundial de “hacer” la historia del mundo en libertad. Ciertamente, esto se hace en el marco de las condiciones ya existentes, pero lo principal es, sin duda, hacer la historia conscientemente, y no seguir aceptando la historia como la interacción anárquica de las fuerzas ciegas y objetivas de la sociedad burguesa.

El camarada Lenin dijo ayer que todos tenemos mucho que aprender. Ustedes aquí en la Rusia soviética y nosotros que estamos en el extranjero. Dijo que nosotros, en el extranjero, no entendemos lo suficiente el ruso para comprender correctamente la resolución de nuestro Tercer Congreso Mundial, que era ruso en pensamiento y sentimiento. En cierto sentido tiene razón. El proletariado en el extranjero aún no ha aprendido a leer el ruso, es decir, a actuar a la manera rusa. Dado que la Internacional

²⁰ La crítica de Marx al filósofo anarquista alemán Max Stirner (1806-1856) se desarrolla en *La ideología alemana*. Ver las Obras Completas de Marx y Engels, vol. 5, pp. 117-443. [*La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos (Montevideo) y Grijalbo (Barcelona), 1974, página 123 y siguientes. Alejandría Proletaria].

Comunista ha de ser el centro desde el que la lucha revolucionaria surge hacia el exterior en todo el mundo, debe ser también la universidad para nuestra educación y experiencia mutuas. Lenin nos llama a aprender, a ganar tiempo. Ganar el tiempo es ganarlo todo. Su concepción coincide aquí con las profundas palabras de Goethe sobre el desarrollo humano:

Mi herencia, qué gloriosa, extensa y amplia
Porque el tiempo es mi hacienda, y mi campo para arar²¹.

Sí, compañeros, el tiempo, pero no vivido como una espera inútil y ociosa. No, un tiempo que aprovecha cada minuto en una actividad apasionada. Para vosotros, aquí en la Rusia soviética, es para aprender, para trabajar con la paleta en la construcción del estado proletario. Para nosotros, en el extranjero, es empuñar la espada en la lucha revolucionaria para conquistar el poder político. Así se cierra el círculo de la revolución mundial que liberará a la humanidad. Así florecerá una nueva vida de las ruinas de la guerra mundial. Porque en estos tiempos, la forma más elevada, poderosa, fecunda y creativa de toda la evolución histórica es la revolución, la revolución como libre expresión de la voluntad de las masas proletarias. (*Aplausos prolongados y fuertes*)

Serie Clara Zetkin, escritos



germinal_1917@yahoo.es

²¹ Traducción en verso de Goethe, *Poemas de Occidente y Oriente*, Berna: Peter Lang, 1998. en alemán: "Mein Erbeil, wie herrlich, weit und breit / Die Zeit ist mein Acker, mein Besitz ist die Zeit", en West-östlicher Divan.